

0,25

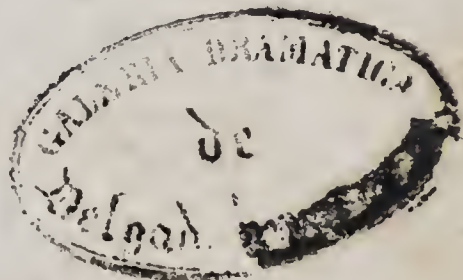
AMAR SIN DEJARSE AMAR.

Juguete cómico en un acto,

ORIGINAL DE

FRANCISCO BOTELLA Y ANDRÉS.

presentado con grande aplauso en el teatro de Va-
riedades el 18 de Marzo del presente año.



Granada 6 Dic. 1856

Puede representarse.

J. Salvador
MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

Abril 1855.

10

PERSONAGES.

ACTORES.

EDUARDO. *J. Leopoldo*. Sr. Albalat.
LUISA. *Uña M. Luisa*. Srta. García.
CATALINA. *Uña James*. Srta. Lansac.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. LORRÁS

N.º de la procedencia

702.

Este juguete pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y extranjero, y es propiedad de su editor *D. Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley para que se le apliquen las penas que marca la misma al que sin su permiso le reimprima ó represente en algun teatro de Reino, ó en los Liceos y demas Sociedades sostenidas por suscripcion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decreto Orgánico de teatros de 28 de Julio de 1852.

Acto único.



Sala elegante: un balcon á la derecha en segundo término. Puerta á la izquierda, otra al foro.

ESCENA PRIMERA.

LUISA. CATALINA.

Luisa. Ha pasado Eduardo esta mañana?

Catalina. Señora, yo no le he visto; como no haya pasado en el momento en que entré al tocador...

Luisa. Lo ves? regularmente habrá pasado; eres muy desobediente. No te tengo mandado que no te muevas un instante de ese balcon?

Catalina. Pero, señora, hay á veces una necesidad urgente que le hace á una abandonar el sitio que ocupa por interesante que sea.

Luisa. Nada, he dicho que no te muevas de ahí, y tu obligacion es obedecerme. Quiero saber á punto fijo el momento en que Eduardo pasa por esa calle.

Catalina. Bien podia entrar en la casa, porque eso de estarse haciendo el oso todo el dia bajo de los balcones tiene poca gracia. Si la quiere á usted que suba, que se declare, y asunto concluido; usted tambien le quiere, con que no debe temer una negativa.

Luisa. Es que si se me declara, le digo fijamente que no, le doy calabazas.

Catalina. Pero usted le quiere?

Luisa. Sí, le quiero, pero no consentiré nunca que él diga que me quiere.

Catalina. Pues entonces, cómo se han de entender ustedes?

:

Luisa. Ese es el caso; yo no sé cómo nos hemos de entender, pero sé que no quiero que nos entendamos como todos se entienden.

Catalina. Vaya una aprension.

Luisa. No, no es aprension, es que la práctica saca maestros, y como yo ya tengo práctica en esto de los amores, no quiero que nadie me la pegue. Mi primer marido se me declaró como todo el mundo acostumbra á declararse, es decir, me dijo que me queria pero es el caso que á los quince dias de nuestro casamiento les decia lo mismo á todas las mujeres bonitas, y ya ves qué ratos me haria pasar. Ay! es una calamidad un hombre que tenga la costumbre de decir á las mujeres que las quiere! Cuando el cielo dispuso de él y me quedé viudá, juré no volverme casar con ningun hombre que me dijera: «la quiero á usted.» Nada, nada, aunque me quiera, que no me lo diga, porque de lo contrario, si hoy me lo dice á mí, mañana se lo dirá á todas.

Catalina. Vaya una aprension! Pues es particular. ¿Cómo que si Eduardo la dijera á usted que la adora...

Luisa. Le daría calabazas.

Catalina. Y sin embargo usted le quiere.

Luisa. Mucho.

Catalina. Pues cómo se ha de arreglar?

Luisa. Yo no sé; que se arregle como quiera, con tal de que no sea como de costumbre se arreglan estas cosas.

Catalina. Pues trabajo le mando.

Luisa. Que aguce su imaginación. Nada, tú no te muevas un momento de ese balcon y avísame cuando pase, que yo volveré á verle.

ESCENA II.

CATALINA, sola.

Pues señor, nunca he visto una manía mas particular. Con que es decir que quiere que la quiera y que no la quiera? ó mejor dicho, que la quiera y que no se lo diga? Cómo va á arreglarse el señorito Eduardo y el caso es que como él no sabe nada, á la primera

ocasion va á declararle su amor y lo echa á perder, porque le dá calabazas. Ja! ja! es una cosa original! (*Va al balcón.*) Si yo pudiera avisarle... Ah! allí le veo; voy á hacerle subir y á enterarle de todo. Chit... chit... (*Hace señas con el pañuelo.*) Sí, suba usted; estoy sola, suba usted. Ah! ya lo ha comprendido, ya va á subir. Le haré este favor y algun regalillo me valdrá; así, sabiendo ya la manía de mi señora podrá inventar un medio de salir airoso con su empresa.

ESCENA III.

CATALINA. EDUARDO.

Eduardo. Me has llamado?

Catalina. Ah! sí señor; tengo que darle á usted una noticia.

Eduardo. Oh felicidad! Cuando una criada se apresura á dar una noticia á un amante, buena debe ser.

Catalina. Tiene de buena y de mala.

Eduardo. Oh desgracia! cuando una criada dice á un amante que la noticia es mala, muy mala debe ser.

Catalina. He averiguado una cosa.

Eduardo. Oh ventura! cuando una criada averigua una cosa...

Catalina. Una cosa que puede perjudicarle á usted algo.

Eduardo. Oh desgracia! cuando una criada...

Catalina. Pero me dejará usted concluir?

Eduardo. Sí, concluye, concluye, ángel custodio de mis amores. Pero te advierto una cosa; ten entendido que si lo que vas á decirme me conviene te regalo un napoleon, y si es alguna majadería te pego un puntapié que bajas rodando las escaleras de cuatro en cuatro.

Catalina. Muchas gracias.

Eduardo. Con que adelante.

Catalina. Mi señora le ama á usted.

Eduardo. Oh dicha!

Catalina. Pero...

Eduardo. Oh desgracia! no me gustan los peros.

Catalina. Caramba! me dejará usted hablar una vez?

Eduardo. Sí, prosigue.

Catalina. Como decia: mi señora le ama á usted.

Eduardo. Y yo tambien la amo á ella.

Catalina. Ay! pues ese es el caso, que ella no quiere que usted la ame.

Eduardo. Cómo?

Catalina. Sí señor, dice que ha jurado no casarse con ningun hombre que la diga «te quiero.»

Eduardo. Es particular!... entonces...

Catalina. Que su primer marido, que la dijo «te quiero,» lo decia tambien á las demas, y por eso para casarse con usted no quiere que se lo diga.

Eduardo. Hombre, pues es raro! Entonces, cómo vamos á entendernos?

Catalina. Por eso le he llamado á usted para que invente un medio...

Eduardo. Pues señor, allá veremos. Es decir que he de hacerle el amor sin hacérselo, ó que le he de decir que la quiero sin decírselo, ó lo que es lo mismo que yo le... y que ella me... sin hablarnos una palabra? Vaya usted á comprender este enigma! el demonio son las mujeres! está visto, no quieren que uno les diga lo que quiere, sino que lo haga sin decirlo; es el camino mas corto. Pues descuide usted, señora viudita, que yo ya estoy adiestrado en el arte de enamorar.

Catalina. Pues, señorito, ahora que lo sabe usted todo márchese, no sea que venga la señora y crea que yo le he enterado.

Eduardo. Sí, pero no tardaré mucho en volver.

Catalina. Es lo mejor:

Eduardo. Adios.

Catalina. Acuérdesse usted que no ha de decirla nunca que la quiere.

Eduardo. Descuida, que no se me olvidará. Hasta luego. Voy á disponer mi plan de campaña. (*Vase.*)

ESCENA IV.

CATALINA.

Ea, ya lo sabe todo; ahora podrá arreglarse como mejor le parezca. He hecho muy bien en advertírsele

porque hubiera sido una lástima que estos platónicos amores hubieran terminado por una palabra indiscreta.

ESCENA V.

CATALINA. LUISA.

Luisa. Ah! ya te vuelvo á pillar lejos del balcon!

Catalina. Señora!

Luisa. Tendré que despedirte, Catalina, si así abusas de mi confianza.

Catalina. Señora, sino ha pasado todavía.

Luisa. Ya; cómo le has de haber visto pasar, si te has separado del balcon?

Catalina. Es que...

Luisa. Nada, no quiero excusas; lo cierto es que has desobedecido mis órdenes.

Catalina. Ay! mírele usted, allí está. Cielos! ha entrado!

Luisa. Adónde?

Catalina. Aquí! Sube la escalera; sí, siento pasos.

Luisa. Cielos! será cierto?

Catalina. Ah! ya está aquí.

Luisa. Ah!

ESCENA VI.

DICHOS. EDUARDO.

Eduardo. Buenos días, señoras.

Luisa. (Ay! que saludo tan ordinario.)

Eduardo. Ustedes estan buenas? me alegro mucho. (Se sienta.)

Luisa. Caballero...

Eduardo. Señora? ah! estrañará usted que me haya sentado; pues mire usted, no es estraño, porque estoy muy cansado.

Luisa. Pero... (Es original!... Retírate, Catalina.)

Catalina. Yo lo observaré todo. (Vase.)

ESCENA VII.

EDUARDO. LUISA.

*(Eduardo tararea un vals.)**Luisa.* Está usted cantando?*Eduardo.* Usted lo oía?*Luisa.* Sí señor.*Eduardo.* Pues entonces podía usted haber escusado la pregunta.*Luisa.* Tiene usted unas cosas...*Eduardo.* Ya lo creo.*Luisa.* Que me sorprenden mucho.*Eduardo.* Pues mire usted, mas le sorprenderian á usted otras.*Luisa.* En fin...*Eduardo.* Acabe usted.*Luisa.* Usted es el que ha de acabar.*Eduardo.* No, si yo no he empezado todavía.*Luisa.* Pero...*Eduardo.* Otro pero? tiene usted abundancia de esa fruta.*Luisa.* (Vaya un hombre particular!...)*Eduardo.* En fin, señora, voy á esplicárselo á usted todo. *(Levantándose.)**Luisa.* Gracias á Dios.*Eduardo.* Tenga usted la bondad de sentarse.*Luisa.* No es necesario.*Eduardo.* Pues entonces no digo una palabra.*Luisa.* Jesus! me sentaré. *(Se sienta.)**Eduardo.* Ha de saber usted, señora, que yo no tengo nada que hacer, absolutamente nada. Vivo en Madrid hace cinco años, y mi única ocupacion se reduce á pasear las calles y á visitar los cafés y los teatros. Tengo además una costumbre, y es la siguiente: cuando me canso de mi paseo, entro en la primera casa que se me ocurre y me siento á descansar. Será una costumbre poco política, pero en cambio es muy cómoda. Hóy me ha sucedido esto precisamente, y lo ha tocado á su casa de usted.*Luisa.* (Mentira, esto es una excusa.) Y nada mas le trae á usted aquí?

duardo. Nada mas.

uisa. Apenas puedo creerlo; usted ha venido aquí con alguna intencion.

duardo. Es claro.

uisa. De veras?

duardo. Sí, la de descansar de mi paseo.

uisa. Usted acostumbra á pasear mucho esta calle.

duardo. Ah! sí, es mi favorita entre las calles de Madrid; me entretienen sus hermosas tiendas de quin-calla.

uisa. Y aun le he visto yo á usted fijar sus miradas...

duardo. Efectivamente, siempre fijo mis miradas...

uisa. En una...

duardo. Sí, en una mona que hay en el escaparate de los tiroleses.

uisa. Ah!

duardo. (Tómate esa y vuelve por otra.)

uisa. Es decir que...

duardo. Es decir que me gustan las monas.

uisa. Yo habia creido que sus miradas se dirigian á una mujer.

duardo. Señora, no me hable usted de mujeres; yo no las miro en mi vida. (Cuando cierro los ojos.)

uisa. Qué oigo! de veras?

duardo. Tan de veras; la mujer es un animal dañino, y no quiero que me introduzca su veneno en el co-razon.

uisa. Nos juzga usted mal.

duardo. Como ustedes se merecen.

uisa. Es decir que no habrá usted amado nunca?

duardo. Jamás: el amor es una fruta que me empa-laga, y no quiero esponerme á una indigestion.

uisa. (Ay! me alegro mucho, este hombre me con-viene.)

duardo. Sí señora. La mujer para mí es un objeto de lujo, no una necesidad.

uisa. Entonces no pensará usted en casarse?

duardo. Pche... no digo que no; pero el dia que lo haga tomaré la mujer como quien comprar un dige para el reló.

uisa. Es usted demasiado duro con las mujeres.

Eduardo. Pues mire usted, señora, al que es mas blanco le amasan ellas como les dá la gana.

Luisa. Y no cederia usted á los encantos de ninguna belleza?

Eduardo. Yo? no señora, no cedo jamás á los encantos de nadie.

Luisa. Y si se presentase á su vista una lindísima joven, con unos ojos celestiales, con una mirada dulce y una espresion angelical?...

Eduardo. La veria como el que ve una vírgen de Murillo, y pasaria adelante cantando la jota ó el himno de Riego.

Luisa. Entonces usted no debe tener corazon.

Eduardo. Creo que sí, pero no estoy seguro.

Luisa. (Voy á hacer una prueba.) Míreme usted.

Eduardo. (Quiere hacerme caer en el garlito.) Obedezco.

Luisa. Qué encuentra usted de particular en mi cara?

Eduardo. En su cara de usted? una cara como todas las caras de todas las mujeres.

Luisa. Pero mas ó menos...

Eduardo. Sí, mas ó menos... por ejemplo, usted tiene mas boca y menos nariz que otras.

Luisa. Eso es llamarme chata.

Eduardo. Una cosa muy parecida.

Luisa. Es decir que yo no podria inspirarle...

Eduardo. Usted?... Señora, todos los dias tengo y una docena que valen mil veces mas que usted, y no hallo inconveniente en cambiarlas por un papel de fumar.

Luisa. Caballero...

Eduardo. Con que saque usted la cuenta; á usted le trocaria por la dozava parte de un papel de fumar dividida en mil pedazos. Es una regla exacta de aritmética.

Luisa. Eso es demasiado. En mi vida me han dicho semejante cosa.

Eduardo. Ahi verá usted, lo que no sucede en un año sucede en un dia. (Se le cae el pañuelo á Luisa)

Eduardo lo recoge, y al entregárselo le besa la mano

Luisa. Ah! caballero! eso es poco...

Eduardo. Es poco? pues venga, le daré á usted otro.

Luisa. Es poco político; atreverse á besar la mano, y sin decir...

Duardo. Es mi sistema; yo hago todas las cosas así, sin decir una palabra.

Luisa. (Se va haciendo pesada la visita.)

Duardo. (Se hace larga la entrevista, y no adelantamos un paso.)

Luisa. Eh?

Duardo. Qué?

Luisa. Decía usted?...

Duardo. No, yo no, usted.

Luisa. Me parece que la mona le estará á usted esperando para que la contemple.

Duardo. Me es igual; ahora estoy contemplándola á usted.

Luisa. Es decir que me compara usted?... Caballero, eso es por demas.

Duardo. Ea, ahora va usted á enfadarse; es decir que si fuera usted hombre tendríamos un desafío: hé aquí las consecuencias por la manera de tomar las ofensas; usted ha creído que yo la he llamado mona; pues llámeme usted mico y estamos en paz.

Luisa. Eh, basta.

Duardo. Y se pone usted seria? A que no? vamos á ver, ríase usted.

Luisa. Ja! ja!... vaya, qué hombre tan original!

Duardo. Jesus! qué dientes tan feos!

Luisa. Caballero, esto no se puede sufrir. Aquella es la puerta.

Duardo. Esto es despedirme.

Luisa. Si usted lo comprende...

Duardo. Señora, que usted lo pase bien; hasta el valle de Josafat.

Luisa. Vaya usted con Dios.

Duardo. Abur. (Vase.)

ESCENA VIII.

LUISA.

Jesus, qué salvaje; no se le puede resistir; pues vaya una manera que ha tenido de tratarme. Oh! yo

que creía haber conquistado su corazón, estoy ahora tocando el desengaño.

ESCENA IX.

LUISA. CATALINA.

Catalina. Qué? se arregló todo?

Luisa. Es un imbécil; ha tenido la desvergüenza de decirme que soy fea, y que no había causado ninguna impresión en su corazón.

Catalina. Oh! pues es una felicidad para usted.

Luisa. Calla, necia; vaya una felicidad!

Catalina. Sí señora; no buscaba usted un hombre que la amara y no la amara? es decir, que no fuera capaz de amar á ninguna mujer?

Luisa. Tienes razón; pero este lo hace tan al vivo, que me he visto obligada á despedirle.

Catalina. Le ha despedido usted? Entonces lo hemos perdido todo. Jesús, tanto que cuesta de cazar un novio! en lugar de haber cerrado la puerta para que no se escapara, le despide usted! es lo mismo que abrirle la jaula á un pájaro.

Luisa. Dices bien, ya lo siento. Mira, mira si está en la calle y hazle una seña.

Catalina. Oigo pasos.

Luisa. Es cierto.

ESCENA X.

DICHAS. EDUARDO.

Luisa. Ah!

Catalina. Es él.

Eduardo. Buenos días, señoras; ustedes están buenas; me alegro mucho. (*Se sienta.*)

Luisa. Caballero...

Eduardo. Señora? ah! extrañará usted que me haya sentado; pues mire usted, no es extraño, porque estoy muy cansado.

Luisa. Pero...

Eduardo. Otro pero? pues señor, voy á tener un circo de peros, según los que usted me hace tragar.

Luisa. (Has visto cosa mas original?) (*A Catalina.*)

Catalina. (Precisamente lo que á usted le conviene.)

Guardo. Ah! me he dejado por aquí los guantes?

Luisa. Si los lleva usted puestos.

Guardo. Es verdad, tiene usted razon; como son de piel de cabrito...

Luisa. Justo, la confundia usted con la suya. Pero, caballero, esto no puede seguir adelante; qué es lo que usted busca en esta casa?

Guardo. Cómo! tiene usted derecho para averiguar mis pensamientos?

Luisa. No, pero tengo derecho para saberlo, porque está usted en mi casa.

Guardo. Señora, yo soy socialista, y quiero la comunidad de bienes, para mí no hay tuyo ni mio, todo es nuestro. En fin, yo he venido aquí, porque la aborrezco á usted, porque la detesto, porque...

Luisa. Entonces podia usted haberse ahorrado de venir.

Catalina. (*A Luisa.*) (Este le conviene á usted.)

Luisa. (Ya, pero no querrá casarse conmigo.)

Guardo. Sí señora, me es usted insoportable, como me lo son todas las mujeres, ángeles malos, venidos para hacer la desventura del hombre.

Luisa. La mujer es la manzana de...

Guardo. No me gustan las manzanas; en mis huertos acostumbro á dárselas á los cerdos.

Luisa. Caballero!...

Guardo. Sí señora, aborrezco á las mujeres; y á usted sobre todo, la desprecio, la odio, la... en fin, quiero casarme con usted.

Luisa. Ah! y cómo puede usted ofrecer su mano á una mujer sin quererla?

Guardo. Señora, yo no la he ofrecido á usted nada.

Luisa. Ya, pero si yo admitiese, tendria usted que darme su mano...

Guardo. Se equivoca usted, lo que haria sería prestársela mientras nos echáran la bendicion; pero despues me quedaria con ella.

Luisa. Es decir que usted casándose sin amor...

Guardo. Diria: hé aquí mi mujer, he comprado este mueble mas para adornar mi habitacion.

Luisa. Caballero, qué es eso de comprar? una mujer no tiene precio como un mueble.

Eduardo. Se equivoca usted; una mesa de escritorio vale mil reales, y otro tanto cuesta un breve para casarse; luego por el mismo dinero se compra una esposa que una mesa de escribir.

Luisa. Y si usted llega á contraer matrimonio hará caso de las otras mujeres?

Eduardo. No señora, no haré caso de una sola (que será la mia).

Luisa. Si eso fuese cierto...

Eduardo. Téngalo usted por seguro.

Catalina. (Decídase usted, señora, que la ocasion calva.)

Luisa. Pues...

Eduardo. Ah!

Luisa. Qué?

Eduardo. Nada, nada, usted dirá.

Luisa. Esta es mi mano.

Eduardo. (Voy á hacerla padecer.) Es verdad, tiene usted razon, y aquella otra tambien es de usted, estas dos son mias.

Luisa. Pero usted no la ha pedido?

Eduardo. Yo? Señora, para qué queria yo tres manos tengo suficiente con dos.

Luisa. Es que con ella va el corazon.

Eduardo. Eso es diferente, entonces...

Luisa. Acepta usted?...

Eduardo. Sí. (Cogiéndola la mano.) Oh desgracia! Oh desventura! oh infortunio! Te aborrezco! Te odio Te... (Dándole un beso á cada exclamacion.)

Luisa. Vaya un cariño!

Eduardo. No es cariño, señora, es desesperacion.

Luisa. Un casamiento por desesperacion?

Eduardo. Es como otra cuáquiera barbaridad; me habria de arrojar al Canal, me caso con usted.

Catalina. Vamos, no finja usted mas.

Luisa. Qué?

Catalina. Sí señora, lo sabia todo; él la adora á usted.

Luisa. Acaso tú?...

Catalina. Sí, yo, yo se lo he dicho para que declarára como usted deseaba. Ahora, señorita

de debe usted un napoleon que me ha ofrecido.
cardo. (*Metiendo la mano en el bolsillo.*) Sí, te lo daré.

ulina. Es el tercero.

cardo. Ah! es el napoleon tercero? pues entonces no puedo dártelo, porque se marcha á la Crímea á pelear con los rusos.

ulina. Qué tengo yo que ver con los rusos? no me ha dado usted antes dos?

sa. Yo te daré los demas.

cardo. Con que seremos muy felices, yo aborreciéndote siempre y aborreciendo á todas las mujeres...

sa. Y yo amándote mucho.

Ahora solo nos falta,
 para que completa sea
 nuestra dicha, que un aplauso...

cardo. Calla, Luisa, no quieran hacerlo todo al revés como nosotros; que vean la modesta peticion, y que silben cuanto puedan... mas con el pico cerrado y con las manos abiertas.

 **FIN DE ESTE JUGUETE.** 

18
The first part of the book is devoted to a
general introduction to the subject of
the history of the world. It is divided into
two main parts, the first of which is
devoted to the history of the world
from the beginning of time to the
present day. The second part is
devoted to the history of the world
from the present day to the future.

The second part of the book is devoted to
the history of the world from the present day
to the future. It is divided into two main
parts, the first of which is devoted to the
history of the world from the present day
to the year 2000. The second part is
devoted to the history of the world from
the year 2000 to the future.

THE HISTORY OF THE WORLD
FROM THE BEGINNING OF TIME
TO THE PRESENT DAY